

Subversión de la democracia, indignación en la ciudadanía

«Los súbditos del mercado que de tanto en tanto aspiramos a ser ciudadanos esperamos una explicación democrática de por qué somos o seremos precipitados al abismo»

Rafael Argullol

Durante mucho tiempo, demasiado, ha prevalecido la pasividad y el sometimiento voluntario. En las elecciones presidenciales de los EE UU de noviembre del año 2000, hubo numerosas denuncias de irregularidades en el proceso electoral del estado de Florida. No fueron acusaciones menores: fraude, racismo, intimidación a los votantes y, como resultado, la inclinación del fiel de la balanza a favor de quien gobernaría la nación durante ocho años. En una sociedad que presume de tener la democracia más antigua y experimentada del planeta, aclamada por el *establishment* como la democracia por excelencia, nadie organizó una marcha masiva a Washington para denunciar las irregularidades. Sin embargo, 11 años después, en ese mismo país, una parte de la población –al grito de «we are the 99%»– considera usurpada su soberanía, y en Rusia, con un sistema político menos modélico, la ciudadanía sale a la calle para manifestar su disconformidad por la falta de garantías y transparencia en el proceso electoral a la Duma estatal. Desde la Plaza Tahrir hasta Wall Street, pasando por la Puerta del Sol, algo parece que está cambiando. ¿Acaso estaremos viviendo un punto de inflexión?

Hasta no hace mucho la democracia liberal gozaba de buena acogida y, aún cuando se reconocieran sus límites, era aceptada como una buena forma de gobierno. Tres factores contribuyeron a ello. En primer lugar, un consenso pasivo garantizado por unos medios de comunica-

INTRODUCCIÓN

ción de masas cada vez más concentrados y capaces de generar tales asentimientos. Un segundo elemento que favoreció la adhesión desapasionada a una democracia limitada, fue la existencia de un capitalismo regulado con un Estado providencia que garantizaba ventajas cuantitativas siempre que se renunciara a cambios de orden cualitativo. Décadas después, cuando el capitalismo regulado dio paso al actual capitalismo desatado, la deriva consumista basada en la economía del crédito cumpliría la misma función. En tercer lugar, tras la caída del telón de acero el mundo queda aparentemente huérfano de alternativas y, en ausencia de estas, hasta lo que funciona mal termina por resultar aceptable. Estas circunstancias hicieron que la democracia se convirtiera en una vaca sagrada en el discurso político de Occidente a pesar de que –como señala oportunamente Hobsbawm– la realidad se ha encargado de mostrarnos que da menos leche de la esperada.

La situación actual manifiesta rasgos nuevos. El monopolio que ejercen sobre la opinión pública los *mass media* se ha resquebrajado por la irrupción de nuevas tecnologías de comunicación e información. Internet ha ocupado el hueco que habían dejado los grandes medios oficiales con su silencio. Aun cuando no se conocen bien los vínculos entre la nueva realidad mediática y la acción directa, no cabe duda que la proliferación de páginas web, foros, blogs y redes sociales facilitan la expresión de la disconformidad y desempeñan, al menos en una fase inicial, un papel relevante a la hora de informar, sensibilizar, movilizar y organizar un nuevo activismo ciudadano. El espacio público, cada vez más restringido y normalizado por la mercantilización y la privatización, ha encontrado una prolongación y un complemento en el auge de lo virtual. Por otro lado, la economía política de la desposesión ha alcanzado en los últimos años un nivel que no resiste comparación con la época del capitalismo keynesiano regulado, provocando la anulación –o cuando menos la interrupción– de los mecanismos de movilidad social. Según los estudios de la distribución de la renta y la riqueza, en EE UU el que el 1% de la población posee el 40% de toda la riqueza hace menos tolerable la desigualdad para el 99% restante. Es posible que la apatía y la desmovilización social, con las que tan bien se habían manejado hasta el momento las democracias representativas en el Atlántico Norte, empiecen a disiparse a medida que ya no se puedan alimentar con gratificaciones simbólicas y promesas de prosperidad material. De asociarse al incremento de la movilización social el ensayo de nuevas experiencias y prácticas alternativas, no sólo surgirán nuevos horizontes de utopías concretas sino también un mayor grado de exigencia para la democracia actual.

Los límites del discurso sobre la democracia

En el discurso político de nuestros días la palabra «democracia» alude a un modelo estándar formado por un Estado constitucional que reconoce derechos y libertades considerados fundamentales, la garantía del imperio de la ley, así como asambleas representativas

elegidas mediante sufragio universal por la mayoría del conjunto de los ciudadanos en elecciones libres celebradas periódicamente y en las que existe una competencia entre partidos. Estos aspectos son los componentes que caracterizan a una democracia liberal representativa, de manera que este modelo de democracia no es exclusivamente ninguno de ellos, sino todos en conjunto. Es importante señalarlo, pues suele ser bastante habitual en nuestros días tomar una parte (por ejemplo, la existencia de elecciones libres) por el todo.

Pero el discurso político actual no sólo define la democracia en términos de democracia liberal, sino que además es habitual que sustraiga del debate cuestiones como la participación ciudadana, la representatividad del sistema electoral, la transparencia de las instituciones, la responsabilidad de los políticos y los mecanismos de control de los cargos electos por parte de la ciudadanía. Así las cosas, los momentos de mayor pasión democrática suelen quedar reducidos a los periodos en que se activan los mecanismos electorales para el recambio de los gobernantes. Y entre periodos electorales, la democracia es presentada como una mera técnica de administración de los asuntos comunes.

Para el liberalismo la democracia más allá de ciertos límites siempre es sospechosa. El protagonismo del pueblo es contemplado con temor: «Siento por las instituciones democráticas una inclinación intelectual, pero soy instintivamente aristocrático, lo que significa que desprecio y temo a las masas. Me gusta profundamente la libertad, el respeto de los derechos, pero no la democracia».¹ Es posible que esta inclinación en Tocqueville estuviera marcada por los sucesos que le tocó vivir a su familia durante la época del Terror revolucionario de la Revolución francesa, pero la misma línea de desconfianza reaparece con fuerza en el discurso político del neoliberalismo contemporáneo. Baste recordar las teorizaciones referidas a la ingobernabilidad de las democracias y a la encrucijada a las que se ven abocadas por la sobrecarga de demandas políticas y sociales que reciben de la ciudadanía. No late ahí únicamente el clásico temor conservador por el excesivo intervencionismo que resulte del crecimiento desmesurado del “Leviatán” estatal, sino también la aprensión a que el sistema se vuelva incontrolable como consecuencia de la expansión de la democracia más allá del ámbito en que queda confinada por el discurso liberal.

Los límites de la práctica democrática en nuestros días

Los límites a la democracia no sólo provienen de la forma en que es definida por el pensamiento liberal. También determinados procesos están socavando en la actualidad las condiciones e instituciones sobre las que descansa la práctica liberal-democrática. En primer

¹ Alexis de Tocqueville, *New York Daily Tribune*, 25 de julio de 1853.

lugar, estamos asistiendo a un vaciamiento de la soberanía estatal² como consecuencia de los procesos de globalización económica. La superación de la unidad territorial donde la democracia enmarcaba tradicionalmente su ejercicio —el ámbito del Estado-nación— está erosionando su práctica en el interior de los países.³ Pero no sólo eso, la inexistencia de instituciones democráticas en el plano global que permite al capital transnacional desenvolverse con tanta facilidad, revela una vez más hasta qué punto resulta ficticio establecer algún vínculo de necesidad entre democracia y capitalismo.

En segundo lugar, bajo el neoliberalismo, poder económico y político se han asociado y confundido hasta quedar fuera del control de la ciudadanía. Esta fusión entre el poder de los grandes grupos empresariales y el poder del Estado ahorma al régimen político característico de la época del capitalismo desatado: por un lado, inclina el Estado hacia la acumulación de capital privado (rescatando el sistema financiero, transfiriendo rentas a favor del capital, reorientando la regulación en términos mercantiles, etc.) en detrimento de la redistribución y la protección social de trabajadores y sectores populares; por otro, facilita que los ejecutivos de las empresas y los representantes políticos puedan intercambiar sus papeles y que, sin aparente solución de continuidad, los interpreten en el escenario que en cada momento consideren más conveniente. La presencia de antiguos directivos de Lehman Brothers y Goldman Sachs en el Gobierno español y en las instituciones europeas, así como de ex presidentes de Gobierno en los consejos de importantes compañías transnacionales, resultan elocuentes a este respecto.⁴

En tercer lugar, en la sociedad de consumo la contienda electoral se ha convertido en un espectáculo en el que el consumidor ocupa el lugar que le corresponde al ciudadano. Expertos en técnicas de mercado y relaciones públicas constituyen el cuerpo de asesores que rodean a un candidato, convirtiendo el desarrollo de una campaña en algo asimilable a la venta de una mercancía. Esto no es sino el corolario de un proceso que, combinando la crítica radical al papel del Estado con la alabanza a los servicios privados o privatizados, ha llevado a los gobiernos a reorientar sus planes de actuación con criterios mercantiles centrados en la rentabilidad y la eficiencia en sustitución de los principios democráticos. Pero cuando la racionalidad económica suplanta los principios democráticos y el gobierno priva-

² Por supuesto, «soberanía estatal» y «soberanía popular» no son la misma cosa, pero en democracia se pretende hacerlas coincidir.

³ Se está viendo con meridiana claridad con la crisis de la deuda soberana en Europa: intervenciones sobre los Estados hasta reducirlos prácticamente a la condición de protectorados (Grecia, Portugal e Irlanda), singulares enmiendas constitucionales al dictado de los poderes económicos transnacionales sin refrendo popular (España), modificación encubierta de los Tratados de la UE para sortear ratificaciones parlamentarias, etc.

⁴ Esta fusión de poderes es caracterizada por Sheldon S. Wolin como «totalitarismo invertido», un tipo de régimen en «el que el poder corporativo se despoja finalmente de su identificación como fenómeno puramente económico, confinado principalmente al terreno interno de la “empresa privada”, y evoluciona hasta transformarse en una coparticipación globalizadora con el Estado: una transmutación doble, de corporación y Estado. La primera se vuelve más política, el segundo, más orientado al mercado» (S. Wolin, *Democracia S.A.*, Katz, Buenos Aires/ Madrid, 2008, p. 334).

do de las empresas reemplaza a un gobierno público que debería estar al servicio de la ciudadanía, ese modo de reorganizar «el Estado deja de ser la encarnación del gobierno popular y pasa a convertirse en un sistema de gestión de negocios».⁵ Se llega así a la subversión de la democracia a través de la negación de su sustancia política. No hay democracia donde se niega la necesidad de tomar decisiones colectivas en relación con el interés común.

De ahí que el modo de encaminar los pasos hacia una democracia que aún tenga algo que ver con el autogobierno del pueblo sea precisamente recuperando la capacidad para ejercer como seres políticos. Las movilizaciones ciudadanas de los últimos meses han representado un aldabonazo en ese sentido, porque lo que está en juego es la elección entre los modelos que se derivan de diferentes maneras de hacer política: una “democracia S.A.” dirigida por un poder político indistinguible del económico que precisa de la pasividad de una ciudadanía reducida a la condición de consumidor, o una democracia que surge desde una ciudadanía activa y consciente de que no hay mejor forma de satisfacer las necesidades que interviniendo colectivamente sobre las condiciones sociales que afectan nuestras vidas. «¿Quién habla de sueños? ¡Hablamos de despertar!», sentenció El Roto.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

⁵ W. Brown, «Ahora todos somos demócratas», en *Democracia en suspenso*, Ediciones Casus Belli, Madrid, 2010, p. 64.